
CAPÍTULO 1

1

Pedalea entre crujidos. De la bicicleta. De sus huesos. De la escar-
cha que empieza a formarse en el asfalto. Todavía no nieva, pero
lo hará pronto. Su piel curtida rezuma tanto alcohol que el frío ape-
nas se le acerca. Y aunque la carretera se inclina impertinente, su
orgullo le impide separar las nalgas del asiento. Por aquello del no
dejarse vencer ante nada.

Los músculos de sus piernas continúan fuertes pese a haber su-
perado los cincuenta, y ha recorrido tantas veces esa ruta sin acusar
la pendiente que hacerlo ahora sería una derrota. Tose suplicando
aliento, pero no afloja ni un poco. Piensa en culpar a la embriaguez
del cansancio, pero el alcohol no es excusa entre hombres de su talla.
Tipos capaces de descender una montaña cargando con su amigo al
hombro, tras haber agotado una botella de licor casero de endrina.

—Matafocas —escucha a su espalda.

Sólo los amigos lo llaman así, y ese chico no lo es. Ni siquiera
por herencia. Su padre era un gran hombre, pero se llevó consigo a la
tumba cualquier lazo afectivo.

—Vuelve a decirme eso —amenaza sin girarse siquiera hacia el
coche patrulla— y te aparco la bicicleta en el agujero del culo.

No se altera ni bromea, sencillamente se limita a marcar fuerte
las fronteras. Escucha cómo el motor incrementa su ritmo y pronto la
ventanilla del conductor se pone a su altura en la carretera. Despacio,
para igualar la velocidad de su marcha.

—Joder, Mathias —contesta el agente—, ¿sabes que amenazar a
un policía es un delito? Podríamos detenerte por eso.

—Podríaís intentarlo —replica tranquilo, frenando la bici en
seco—. De hecho, te animo a probar.

En el asiento del copiloto, otro joven uniformado se limita a presenciar la escena sin interferir. Debe saber que no es buena idea interponerse en su camino.

El marino soporta la mirada sin problemas, porque sabe y porque puede. Porque hombres mucho más hombres que ese chaval han agachado los párpados ante sus ojos cuando éstos se encienden. Siente calor en las mejillas, contando mentalmente los segundos y los pulsos, decidido a bajarse de la bicicleta si el policía no desvía su rostro antes del tiempo que él estima apropiado para el respeto que se merece.

Por suerte, el tipo se gira para interrogar con la mirada a su compañero, que se limita a encogerse de hombros en un gesto que indica que ésa no es su guerra. Mathias se da por satisfecho, y reemprende el pedaleo, fastidiado por tener que volver a romper la inercia de la cuesta.

—Creo que no es buena idea subir al faro con este tiempo—in-siste el policía—. Pronto anochecerá y la carretera se congelará. El descenso puede ser peligroso.

No es pregunta, ni sugerencia, sino una simple opinión. Como tal la entiende y la ignora sin pronunciar palabra. El neumático patina sobre una placa de hielo y casi pierde pie en uno de los pedales. Pero milagrosamente consigue mantener el equilibrio. Continúa colina arriba como si estuviera tan solo como unos minutos antes. El patrullero lo acompaña un rato más, pero desiste pronto al entender que no obtendrá respuesta.

—Haz lo que te salga de los huevos—dice molesto—. Iremos preparando una bolsa para recoger mañana tu puto cadáver congelado. Y juro que, si te despeñas, no pienso bajar a por tu cuerpo hasta que pase el invierno.

El noruego sonríe ante lo estúpido de la idea. Sabe que algún día morirá en aquel pueblo, pero está seguro de que no será el clima quien se encargue de acabar con él. Y mucho menos un accidente de bicicleta.

—Vete a casa, chico—responde mirando al frente—, o al final te sucederá algo malo.

No especifica si está advirtiendo sobre el temporal o sobre sí mismo. De cualquier forma, el joven policía gira sobre la carretera y se pierde en la curva que desciende hasta Hårisgud.

En el pueblo todos saben que hay dos cosas a las que temer por igual: el clima durante el invierno y el carácter del viejo Mathias Matafocas.

2

Salva el último tramo de camino sin asfaltar a la sombra del faro. El edificio se interpone entre él y el sol, que casi roza el horizonte marítimo. Apoya la bicicleta con cuidado de no tocar el metal congelado de la barandilla y sube las escaleras sacando del bolsillo el llavero con el logotipo del Club de Fumadores. No ha decidido aún si pasará allí la noche, o al menos no de una manera consciente, pero sospecha que lo hizo al comprar la pequeña botella de licor que guarda en el bolsillo interior del chaquetón. No recuerda la última vez que estuvo allí arriba, pero calcula que hace más de una década que las noches de guardia terminaron. Por costumbre, golpea fuerte la puerta de metal antes de introducir la llave en la cerradura. Por si algo adentro lo aguarda.

—Venga, puta—mastica las palabras—. Dame una alegría.

Espera un segundo, con poca esperanza, y termina abriendo al no obtener ningún sonido del interior del faro. Enseguida siente la familiaridad del edificio, con ese olor a polvo y metal condensado en la forma cónica del hormigón. El sonido violento del mar se queda tras él en cuanto cierra el portón a su espalda.

—*Era su corazón una cresta insondable*—empieza a canturrear con tono de aguardiente— *y su felpudo el calor de mi hogar.*

Su voz retumba en las paredes, que la devuelven más grave y solemne, como la de un gigante. Mientras salva los últimos escalones hasta el balcón algunos gruñidos de aliento interrumpen su cántico marinero, hasta que llega arriba cansado. Se recompensa con un trago de la botella, agradeciendo el calor que desprende la enorme lámpara giratoria.

Abre la portezuela que da acceso al mecanismo y extrae el taburete de madera en el que solía pasar una o dos noches por semana, según se distribuyeran los turnos. Duda un segundo, hasta que al final opta por agacharse e introducir el brazo hasta el hombro para alcanzar lo que anda buscando. Palpa a ciegas tras los engranajes en

funcionamiento y sujeta el metal de la pistola que los miembros del club guardan ahí adentro.

—Venga, venga, venga —se jalea a sí mismo.

Abre el tambor del revólver para comprobar que todas las balas siguen en su sitio y frota con la yema del dedo la base de los proyectiles para paliar un poco los posibles efectos de congelación sobre el fulminante. No alberga muchas esperanzas de tener que llegar a disparar, pero decide seguir de todos modos el viejo protocolo de las guardias.

Fuera no ha caído la noche, por lo que decide sentarse a esperar un poco. Otea el mar por la enorme ventana cilíndrica, accionando el interruptor de la radio de mano que descansa sobre el alféizar de madera. El altavoz le devuelve música ronca de una emisora comarcal que emite incansables clásicos populares noruegos, en su mayoría interpretados por violines y acordeones. Las olas al frente se sincronizan con las oscilaciones de los instrumentos. A su espalda, Hårisgud se rodea de la neblina nocturna, perdiendo poco a poco los ángulos en sus edificios. Quedan únicamente las luces a la vista, como borrones de óleo amarillo demasiado diluidos en agua. Hasta que todo se vuelve un enorme nubarrón que se disipará con el alba. El haz de la enorme lámpara le golpea la nuca a cada vuelta, ignorándolo.

—Vamos allá —se dice a sí mismo.

Emite un gruñido cuando se incorpora dando otro trago a la botella mermada. Abre de un tirón la puerta hacia el balcón y el frío le golpea fuerte sobre todo el cuerpo. Mathias y el invierno son viejos amigos, de modo que apenas lo acusa, sino que en su lugar lo agradece al ser prácticamente su estado natural. De algún modo, siempre ha pensado que el mal tiempo le hace compañía.

Se dirige entonces hacia el pequeño faro auxiliar y acciona la palanca para encenderlo. Se trata de un foco de forma semiesférica, instalado sobre un soporte en forma de media luna, que gira sobre ambos ejes para lograr total libertad de movimiento. Se utilizaba para señalar las rocas a las embarcaciones que se acercaban demasiado a la orilla. La bombilla gana intensidad progresivamente, a la vez que el metal humea por el efecto del calor.

—Venga, zorra —murmura sujetando el asidero del foco—, esta noche nos toca bailar.

No es consciente de sonreír debajo de su bigote. Con ese gesto que consigue que Noruega se congele un poco más.

3

La neblina ayuda a dibujar el contorno del haz, convirtiendo la lámpara casi en un rayo divino. La bombilla parece haber alcanzado su máxima potencia, y la lente de la lámpara consigue una iluminación más que aceptable. La noche es oscura, como todas, y se siente poderoso al tener esa arma con la que desafiarla. Tras él, las notas de la radio apenas logran abrirse paso entre el sonido del viento y el mar, pero aun así decoran la escena con alegres notas de violín.

Hace girar la lámpara y el reguero se mueve como una luciérnaga. Los goznes chirrían, pero el círculo de luz se agranda y se difumina a medida que se aleja sobre la nieve. Luego da un salto, tratando de alcanzar los árboles que rodean el pueblo.

Mathias sabe que no es posible que llegue tan lejos —lo ha probado otras veces—, pero de todos modos lo intenta. Por darse el capricho. O por desafiar a su suerte. Afuera la luz rebota contra la capa de niebla sólida que empieza a formarse frente al faro.

Enfoca hacia un lugar muy concreto en el bosque, situado entre el pueblo y el albergue. Tiene bastante arco de visión desde el balcón del faro, pero no es lo suficientemente alto como conseguir ver lo que hay allí.

—*Y sus pechos dos montañas donde siempre es Navidad* —canturrea de nuevo, mordiendo las frases y forzando los ojos.

Espera así, quieto. Alumbrando la nada que forman los pinos difusos. Una ola rompe alta tras él, salpicándole la nuca bañada de luz con cada giro del faro. Cuando considera que ha pasado un tiempo prudencial empieza a activar el mecanismo de señales, que no es más que una serie de franjas oscilantes que se interponen frente a la lente, apagando la luz cuando se cierran. Acciona la palanca varias veces, subiéndola y bajándola de forma intermitente.

No se trata de código morse, ni de ningún lenguaje de señales marítimas. Simplemente se limita a ocultar la luz de forma aleatoria para intentar llamar la atención. Aunque el faro no es demasiado alto, aquello se verá en kilómetros a la redonda. La luz parpadea durante un rato, en el que alberga esperanzas de que *ella* lo note y despierte

de su letargo. Esperando que se muestre entre los árboles para que él pueda ir a buscarla. Pero sabe que no será tan fácil, y es únicamente su teléfono móvil el que reacciona vibrando dentro de su bolsillo.

Es un aparato antiguo, pero se ve moderno entre sus manos. Lo lleva siempre silenciado. Ha probado cada uno de los tonos que ofrece y todos lo hacen pensar en gaviotas agonizando.

—Señor alcalde —responde tras leer el nombre de Gunnar en la pantalla—. Qué gran honor.

—No seas cabrón, Matafocas —responde—, que sé que tú no me votaste.

El noruego sonríe ante la idea, y no le sorprende que lo sepa. Es un pueblo pequeño, por lo que el voto no es tan secreto como debería.

—Una cosa es la amistad —replica— y otra muy distinta la política.

Apaga el foco despreocupado y vuelve a encerrarse en la cabina del faro.

—A ti nunca te interesó la política, amigo. Tú lo que querías era follarte a la mujer de mi rival.

De su garganta escapa una carcajada sonora y franca que pocos hombres consiguen sacarle. Pero Gunnar es amigo de toda la vida. Un hombre de los de verdad.

—Y lo habría conseguido —explica—, si no hubieras ganado las elecciones.

—Pues agrádecemelo —dice entre risas el alcalde—. De haberlo hecho, su marido se habría terminado enterando.

Piensa un segundo sobre ello. La idea le divierte.

—Eso habría sido realmente terrible —empieza a decir—, sobre todo para el marido.

Ambos hombres ríen con ganas ante la broma, aunque los dos saben que no lo es del todo.

4

—¿Estás en el faro?

—¿Por qué lo preguntas, si sabes la respuesta? —interroga—. Seguro que el chico de Toov te ha ido con el chisme.

Cada vez que la enorme lámpara gira, su reflejo sobre el cristal desaparece durante un instante para volver a dibujarse de inmediato, como un fantasma errante.

—Joder, Mathias —suplica el alcalde—. Deja de incordiar a mi policía.

Siente cierta molestia al escuchar a su amigo hablar con tanta soberbia. Teme llegar a enfadarse con él, ya que no tiene demasiadas amistades en el pueblo. Pero llegado el caso no dudará en hacerlo, si quebranta alguno de sus curiosos códigos de honor y camaradería.

—Además —continúa el otro en tono conciliador—, es un buen chico.

—Su padre era un buen chico —interrumpe Matafocas—. El hijo sólo es un marica con uniforme.

Furioso, se le encienden las mejillas, consciente de la importancia de la respuesta que escuche al otro lado del teléfono. Entiende que ahora, como alcalde, ese hombre esté obligado a defender a los suyos. Pero su amistad es antigua, además de ser de los pocos miembros aún vivos del Club de Fumadores. Eso debe tener más valor que cualquier otro lazo posible.

—Tienes razón —concede divertido—. Un poco de pluma sí que tiene. Al viejo le habría dado un infarto de verlo así.

Ambos vuelven a reír. Sujeta la botella de licor y da un trago generoso.

—Bueno —añade Gunnar con seriedad—, ¿y qué haces en el faro? ¿Alguna novedad?

—Nada —tranquiliza—. Sólo intuición.

Se hace un silencio que dura dos giros de faro.

—Matafocas, amigo..

No termina la frase, pero el tono es lastimero.

—Soy marino —se justifica—. Si no confiara en mi intuición, los peces se habrían comido mis pelotas hace años.

—Ya, Mathias, coño —confirma lo evidente.

El noruego escucha el nuevo silencio que se hace tras la línea. Conoce a Gunnar desde hace años y puede notar la condescendencia antes de que éste vuelva a hablar.

—Bueno. ¿Y qué te dice tu intuición?

—Demasiada gente nueva, alcalde —responde pensativo—. Demasiada para ser invierno. Y tú también lo has pensado, ¿verdad?

Poco a poco separara las nalgas del taburete, hasta terminar sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra el mecanismo de la enorme lámpara. Allí abajo se está más resguardado, y privarse de

la visión de la tormenta es un viejo truco noruego para combatir el clima. Su padre decía que la nieve enfría por los poros, pero también por las pupilas.

—Sí —admite—. Yo también lo he pensado. Supongo que no nos vendrá mal estar un poco alerta. ¿Tienes whisky?

—En la tripa y en el bolsillo.

—¿Y dormirás allí?

—Nadie me espera en ningún otro sitio —confiesa sin pena.

La radio sigue interpretando temas instrumentales que encajan perfectamente con el paisaje.

—Estás loco, Matafocas —se despide el altavoz—. Si sigues vivo mañana, pasa por El Calceñín del Troll. Te prepararé un desayuno.

—Sólo si me invitas también a un trago.

El alcalde ríe al otro lado.

—Eres un puto borracho.

—Claro que lo soy, amigo —confirma—. Claro que lo soy.

Cuelga el aparato y se acurruca sobre sí mismo. En cada vuelta, el foco de luz ignora ese rincón concreto donde se encuentra. Mientras, el sonido del mar y del viento compiten con las notas agudas del altavoz. Bebe despacio de la botella y decide que esperará una hora así, relajado. Luego volverá a lanzar señales con el foco auxiliar.

Saca el revólver de su cinturón y lo sitúa en el suelo, a su lado.

—*Su colchón guarda un tesoro y sus bragas un salmón.* —Retoma la canción sin alegría.

Afuera la temperatura baja tanto que pronto ningún ser vivo conseguirá permanecer a la intemperie. Aun así, estira el brazo y corre el cerrojo de la puerta de la terraza. Por si acaso.

Intuición de viejo marinero.

Ella (Hun)

CAPÍTULO 2

1

El ferry golpea el muelle con más fuerza de la esperada, por lo que a punto está de dejar caer el teléfono móvil hacia las profundidades de la bahía. Un remolino de agua alborotada le devuelve el reflejo sobre las olas de su abrigo de plumas, demasiado brillante y femenino para el paisaje pálido que la rodea. Lo compró en una superficie de ropa deportiva en Madrid, intentando encontrar un equilibrio perfecto entre elegancia y profesionalidad. Observando a los oriundos de la estación sabe enseguida que no lo ha conseguido y siente que el efecto logrado ha sido precisamente el contrario. Guarda el aparato en la mochila —no ha conseguido señal desde que aterrizó en el país— y sujeta con decisión el asidero de su equipaje.

—Allá vamos —susurra Ale, aunque la sirena de un buque cercano devora sin problemas cada una de las palabras.

Cuando da el primer paso, una de sus nuevas botas de *trekking* patina sobre la madera del barco a medio congelar. Entiende entonces que la elección del calzado tampoco ha sido acertada. Se recrimina no haber comprado las del estante de arriba, que tenían la suela más flexible y no venían decoradas con aquella preciosa hoja de abedul bordada en un lateral.

Las ruedas de la maleta atraviesan la pasarela medio rodando, medio deslizándose, hasta terminar en el acerado invadido por nieve pisoteada. Trata de evitar que la Samsonite roce demasiado contra el lodazal formado por el deshielo, pero la tarea es inútil; no ha recorrido ni veinte metros hasta la estación de ferry cuando el lateral presenta una mancha húmeda y marrón que se le antoja como un mal presagio tras más de seis horas de viaje.

Mira un instante hacia atrás, mientras el ayudante del barco cuelga un letrero que deja un mensaje claro en noruego y en inglés: *neste tur: 15 minutter; next trip: 15 minutes*. Apenas conoce el idioma —un pobre curso de tres semanas no ha sido suficiente—, pero no necesita siquiera traducirlo para saber que es su última oportunidad de dejar atrás esa locura.

—No tienes nada que demostrar —protesta, pero continúa caminando hacia adelante fingiendo decisión y seguridad.

Tras dos o tres pasos, sus pies y su espíritu empiezan a acostumbrarse a la helada calidez de aquel país bajo cero. En la minúscula cafetería, el calor en el rostro le recuerda mucho a la sensación de vergüenza, pero no tarda en espantar un pensamiento que se cuela de forma fugaz y sin permiso. Consulta el reloj de pulsera y calcula que faltan más de veinte minutos para que Seb llegue a recogerla. Siempre que su antiguo profesor decida ser puntual.

Retoca el labial que se ha quitado en los baños del ferry al comprobar que el frío de la zona lo vuelve escarcha. Introduce la mano en el bolso, pero la imagen de una grapadora manchada de carmín llega a su cabeza como un puñetazo. Siente que el estómago se le revuelve y abandona la operación, limitándose a apretar los labios entre sí para que ganen algo de tono.

Mira a través de la ventana a medio empañar. El paisaje sigue siendo el mismo desde que aterrizó; nieve derritiéndose de forma perezosa para volver a cubrirlo todo a la caída de la noche. Saldando el sol y las nubes una eterna cuenta pendiente. Varios montones blancos han sobrevivido al deshielo de ese día a ambos lados del aparcamiento, para intentar tomar su revancha cuando el sol se oculte detrás de la montaña.

Pide un café en inglés, con naturalidad, aprovechando que ese idioma lo domina sin dificultad. La joven regordeta que controla la barra no tiene ningún problema en entenderlo, por lo que le sirve con simpatía y diligencia. Paga con un billete mediano y sujeta la taza con la misma pasión de quien atesora una pepita de oro.

Cuando da el primer sorbo, su organismo cruje por dentro como si un montón de estalactitas estuvieran desprendiéndose del cielo de su ánimo. El calor de la bebida se le agarra a los huesos, temerosos de volver a salir a enfrentarse a ese clima del demonio. Sus células saben que todavía queda un viaje en coche de más de una hora y

media. Y, tras él, seis meses de trabajo en esas mismas condiciones. Duda entonces si quitarse ese estúpido abrigo rojo de montañismo, sabiendo que la única forma en que aquella prenda conseguiría dar calor sería al ser arrojada a una chimenea —cosa que no descarta hacer en cuanto tenga ocasión—. Pero decide dejarlo sobre sus hombros, ya que le parece demasiado pronto para quedarse tan expuesta a lo que va a ser su nueva vida al menos por un tiempo.

Se acurruca dentro de sus plumas y tiene que sujetar con la mente una lágrima que intenta escaparse de alguna pena reciente mal curada. Antes siquiera de darse cuenta, como suele suceder en esas latitudes, el sol huye con prisa. Son apenas las siete de la tarde y la noche ha cubierto todo con un manto de oscuridad y polvo de nieve. Las montañas son ya enormes gigantes negros y amenazantes.

2

Justo cuando el calor de la bebida empieza a situarse debajo de sus párpados, aparece una barba. Enorme, salvaje, inexplorada. Cierto es que bajo ella hay una camisa a cuadros, y sobre su punto más alto aparecen unos ojos cristalinos. Puede incluso que, perdida entre la maraña, exista una boca. Pero para Ale aquello no es más que una enorme antorcha de pelo. Cuando habla, tropezándose con cada vocal cerrada del idioma, pronuncia un torpe y descarrilado:

—*Buenos* noches, señorita.

Lo dice en algo parecido a castellano. Tras hacerlo, el bosque de vello se despeja, mostrando una sonrisa infantil y simpática.

Se trata de un hombre de edad indefinida —todo ese pelo bajo el gorro de lana oculta cualquier posible rasgo de envejecimiento—. Pese a ello, una mirada veterana lo delata por encima de los cincuenta. Viste pantalones amarillos de trabajo, que cuelgan de los tirantes por encima de una camisa de franela. Una prenda térmica de cuello alto asoma por los huecos que deja ver el vello facial.

—Buenas noches, caballero —responde ella en castellano, con la poca simpatía que puede reunir tras aquel largo viaje—. ¿Cómo sabes que soy española?

El tipo junta las cejas de un modo divertido para estallar en una carcajada muda y controlada que lo rejuvenece una década.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir —confiesa en inglés—. La única frase que conozco en español es ésta: «*Buenos noches, señorita*» —al repetirla, lo hace entonando una melodía ronca y difuminada en el tiempo—, por una canción que aprendí en el colegio.

Ale sonrío ante la idea de esa barba sobre el rostro de un niño de colegio. Sin embargo, duda cuando el hombre le extiende la mano.

—Gunnar —se presenta el noruego—. Me envía Sebastián para recogerte.

La chica frunce el ceño algo contrariada mientras estrecha la mano del hombre en un gesto corto y cordial.

—¿Seb no va a venir? —pregunta.

No sabe si está molesta o encantada por no tener que verlo en un día tan largo como éste.

El hombre apunta con su dedo a través de la ventana, hacia unas nubes lejanas difuminadas por una luna que no se atreve a dar la cara.

—El tiempo lleva varios días jodido por la zona del albergue —explica—. Las carreteras están fatal, y me pidió que viniera a buscarte. No tengo una limusina, pero tengo un radiocasete con la mejor cinta de los Rolling Stones.

Al decirlo guiña el ojo en un gesto simpático, señalando un viejo todoterreno que está aparcado en la puerta. El motor en marcha y las luces encendidas. Sujeta su maleta sin pedir permiso.

—¿Nos vamos?

Ale separa de forma lastimosa las manos de la taza caliente y se levanta subiéndose la cremallera los últimos centímetros que quedan abiertos. El hombre la mira con condescendencia.

—A menos que tengas pensado irte a esquiar a España, creo que vas a necesitar comprar un abrigo de verdad.

Siente cómo la vergüenza le trepa por las mejillas y trata de defenderse de manera pueril.

—El vendedor me dijo que con esto podría recorrer el puto Polo Norte —protesta, medio en broma, medio ofendida.

Una sonora carcajada exagerada se abre paso a través de la enorme barba.

—Amiga —replica—, en el Polo Norte solamente hace frío. Aquí el clima se divierte dándonos siempre por el culo.

Tras decir aquello, abre la puerta del bar y deja que un puñetazo de aire helado les ataque el rostro.

—Bienvenida a Noruega.

Sintiendo un escalofrío, Ale casi puede notar cómo las partículas de noche gélida corean esas palabras.

3

La carretera es un borrón pintado al óleo. Las líneas se muestran imprecisas bajo el telón de luz que forma el coche sobre la cortina de nieve. El mundo palpita con el viento mientras la guitarra de Keith Richards se abre paso entre el plástico de los altavoces laterales de las puertas del todoterreno.

Gunnar conduce con seguridad, pese a que el clima empeora a cada milla que los acerca al norte. El interior del vehículo es cálido y desprende un fuerte olor a loción de afeitado, aunque Ale supone que ese hombre hace siglos que no toca una navaja de barbero. No le cuesta imaginarlo frente al estante de un supermercado, tratando de decidir entre los numerosos frascos, para decantarse al final por un *aftershave* únicamente por su olor, sin importarle su verdadera función.

Es agradable. Decide entonces quitarse el abrigo por primera vez desde que se lo pusiera al bajar del avión.

—¿Trabajas con Seb? —pregunta por entablar conversación.

Sabe que su mentor lleva un mes allí, y le ha comentado que se está usando algo de mano de obra local para el proyecto.

—No exactamente —responde—. Pero ayudo a tus compañeros en todo lo que puedo.

—¿Eres un conserje o algo parecido?

La risa del hombre llena todo el habitáculo. Es fresca y rígida, como una astilla de madera.

—En realidad soy el alcalde —replica, soltando una mano del volante y extendiéndola por delante del salpicadero—. Como máxima autoridad de Hårisgud, te doy la bienvenida al pueblo.

Ale se siente algo avergonzada ante la posibilidad de haberlo ofendido, pero la sonrisa de éste no deja lugar a dudas sobre su inteligencia. Estrecha sus dedos, sintiéndolos cálidos y firmes, mientras que el coche se clava en una enorme nube de nieve. Durante un segundo todo el planeta se vuelve blanco, pero pronto la carretera reaparece bajo sus neumáticos, justo a tiempo para corregir la

trayectoria y enfilan un puente señalizado con balizas iluminadas. En ningún momento tiene sensación alguna de inseguridad, ya que el noruego parece conocer aquella ruta de memoria. Seguramente habría conseguido encarrilar el vehículo incluso llevando los ojos vendados.

—Vaya —responde con un orgullo infantil—. Eso me hace sentir importante.

Esta vez la carcajada es casi sólida; como si el hombre quisiera imitar a Santa Claus.

—No creo que te parezca tan solemne cuando este mismo alcalde te sirva copas detrás de una barra —dice Gunnar, jocoso—. Tengo un bar.

—¿Un bar?

—No cualquier bar —añade—; el mejor puto bar de todo el pueblo: *SokkTroll*.

La chica intenta encontrar el significado de la palabra entre sus escasos conocimientos del idioma local, pero no recuerda haberla visto en su cuadernillo del curso. El hombre tras la barba se da cuenta y traduce al inglés:

—El Calcetín del Troll —apunta con cierto tono teatral.

Al escucharlo, Ale sonríe divertida. Le gusta. Frente a ellos, algún animal de tamaño medio cruza la carretera tan deprisa que no puede llegar a distinguir su especie. Quizá un lobo grande, o una cría de ciervo. El conductor se limita a reducir durante un segundo la marcha, sin perder en ningún momento la rigidez sobre el volante. No puede evitar pensar en lo que podría haber sucedido de haber estado ella a los mandos, y por un momento se arrepiente de haber decidido comprar el coche de segunda mano que la espera en el pueblo. De hecho, en ese momento se arrepiente de un montón de cosas más.

Pero está cansada, y sabe que por la mañana todo se verá mejor. Sacude un poco su melena rubia, intentando espantar todos esos pensamientos oscuros. Lucha sin mucho ánimo contra la descortesía que supondría quedarse dormida. El paisaje está formado únicamente por una burbuja de luz sobre las líneas de la carretera y empieza a producir un terrible efecto somnífero. Cada parpadeo se prolonga un poco más, y entre cada uno de ellos se producen pequeños microsueños que parecen dilatar el tiempo.

Hasta que al final la consciencia se rinde, cayendo de lleno en un mundo blanco e infinito.

Se encuentra a sí misma descalza sobre un enorme lago helado sin ningún horizonte definido. El cielo es de un azul tímido, y sobre él se recorta la silueta lejana de lo que aparenta ser un águila de color marrón. Ale fuerza la mirada para tratar de distinguirla y lo único que consigue es apreciar que lleva algo colgando entre sus garras. Se acerca hacia ella a gran velocidad y, cada vez que ofrece un ángulo óptimo para mostrar su carga, una ráfaga de nieve la priva de la visión. Entonces nota que algo no va bien. Parece que la perspectiva la ha engañado, como en un truco de trilerero de feria. La velocidad, la morfología, la falta de referencias... Todo se ha aliado para crear una trampa visual. A medida que el ave se acerca, descubre que el tamaño es desproporcionado. Primero como un ala delta, después el de una avioneta pequeña. Cuando alcanza las dimensiones de un avión de pasajeros, lo que sea que sujeta deja de importar por completo. Cuando se gira para empezar a correr hacia alguna de las coordenadas imprecisas, el ruido insolente de un teléfono móvil la despierta sobresaltándola en el interior del vehículo.

El altavoz de la radio vibra tenso. Las notas de la guitarra eléctrica recuerdan en cierta forma a los graznidos de algún tipo de rapaz enloquecida. Sacude la cabeza, tratando de quitarse de encima una nieve que sólo está en sus sueños, y mira de forma inconsciente a través del parabrisas, intentando escudriñar el cielo oscuro y nevado. Entrecerrando incluso los ojos para intentar distinguir la silueta de un enorme pájaro que sabe que no debe ni puede estar ahí.

A su lado, Gunnar parlotea deprisa y de forma teatral en noruego, pero está demasiado cansada para intentar identificar alguna palabra. El hombre sigue conduciendo con una sola mano y con la misma destreza, llegando a encarar una curva que Ale duda ser capaz de coger correctamente utilizando ambas.

Cuando el hombre termina de hablar deja caer el teléfono sobre el salpicadero del coche, en un gesto de fastidio que no consigue endurecer su barbuda cara afable.

—Tenemos un pequeño problema —dice sin dejar de mirar la carretera—. El temporal ha tumbado la chimenea de la fábrica. Ha caído sobre la carretera que sube al *Speilet*.

Ale enseguida reconoce el nombre. La dirección de la casa que ha alquilado para los próximos seis meses se llama *SpeiletGods Gate*.

—Y en esa dirección está mi casa —concluye ella.

El hombre la mira algo contrariado.

—Tu casa, el parque de bomberos, la iglesia... —enumera, pensando soluciones en calidad de alcalde—. Además de ser la única carretera que sube al circo del glaciar y al albergue.

La chica resopla, deseando tener cerca un aeropuerto. Sabe que el cansancio se le ha agarrado fuerte al ánimo, por lo que tiene que luchar con todas sus fuerzas por no pedirle a Gunnar que dé la vuelta.

—¿Y lo solucionarán pronto?

—Claro que sí —responde—. Pero no esta noche, desde luego. Con este tiempo es imposible trabajar.

—¿Y hay alguna otra forma de llegar?

—En coche, imposible —asevera—. No conozco bien esa casa, pero sé que tiene un camino trasero que desemboca cerca de la carretera del acantilado. Aunque calculo que tendrías que caminar aproximadamente un kilómetro a través del bosque de la finca. No vas preparada para algo así. Olvídalo.

—¿Bosque de la finca? —pregunta asombrada—. ¿La propiedad que he alquilado tiene un bosque propio?

Él la mira extrañado.

—Sí, claro. Uno enorme —responde, encogiéndose de hombros—. Creo que la finca ocupa más de tres hectáreas.

Ale se siente abrumada por un momento. En la información que le remitió la inmobiliaria no aparecía nada sobre todo aquello. Y el precio de casa no es desorbitado, ni siquiera para tratarse de uno de los países más ricos de Europa.

—¿Acaso los dueños son millonarios?

El hombre sonríe ante la idea. Varias décadas desaparecen de su rostro cada vez que lo hace.

—En absoluto —responde, girando el volante con suavidad y haciendo que el vehículo patine un poco sobre sus cuatro ruedas—. Antes de morir, Alviss tenía una herrería en el pueblo. Dudo mucho que le dejara una fortuna a su viuda.

El coche reduce su marcha unos segundos antes de que el semáforo en ámbar intermitente aparezca entre la niebla. De algún modo incomprensible para la chica, ese hombre tiene algún tipo de geolocalización innata. Observa el cruce durante un segundo, antes de continuar su ruta.

—Lo que tienes que entender —prosigue— es que esto es Noruega, joven. Somos apenas cinco millones de locos para repartirnos un buen puñado de tierra. Cualquier persona que así lo quiera puede tener un bosque, un río o incluso su propio troll.

Al decir esto último, abre mucho uno de sus párpados, mostrando un enorme ojo entre la ceja y la barba. Sin duda se trata de una broma, pero la chica no puede evitar sentir un escalofrío imaginando dos pupilas amarillas acechándola desde la arboleda.

5

La nieve se aparta un poco al paso de los faros del vehículo, justo para dejar leer el cartel de la entrada del pueblo: *Bienvenidos a Hårisgud*. La luz de las farolas se ve aplastada por el peso de la nevada. Las casas, a ambos lados de la calle, apenas son borrones amarillos de claridad difusa.

—¿Habrá habitaciones libres en el hotel? —pregunta Ale en voz baja.

No quiere interrumpir al hombre, que trata sin éxito de contactar con alguien por teléfono. Seguramente, algún operario del ayuntamiento.

—¿Hotel? —pregunta, amagando una carcajada—. El más cercano está a sesenta kilómetros al norte, y las carreteras están empeorando. No es buena idea.

—¿Entonces?

El coche se detiene un segundo antes de que la ventisca despeje otro semáforo en rojo. El alcalde no sólo anticipa las señales, sino que parece adivinar el color del disco.

—Pues no es que tengamos muchas opciones —aclara Gunnar—.

Es imposible subirte hasta la entrada de la finca o al albergue, y no hay hostales en el pueblo. Y, por supuesto, si me presento contigo en casa, ambos vamos a saber lo que es la furia de una mujer lapona con orígenes vikingos.

Tras decirlo, levanta ambas manos fingiendo sostener un escudo y una espada. Luego gruñe simulando un grito de guerra que en otras circunstancias habría sido muy divertido. Al ver que la chica no sonrío, continúa hablando.

—Así que voy a llevarte al único sitio donde puedo proporcionarte ducha, manta y algo parecido a una cama. No es un cinco estrellas, pero al menos no tendremos que ponerte mañana una zanahoria en la nariz.

Las cuatro ruedas comienzan a moverse al mismo tiempo, provocando que el vehículo vire ligeramente hacia la izquierda. La calle que acaban de enfilar está en pendiente, por lo que los neumáticos pierden tracción cada dos o tres vueltas, haciendo la subida lenta y brusca. Ale piensa que, de ser ella la conductora, los faros del todoterreno habrían terminado incrustándose en el salón de alguna pobre familia a la hora de la cena.

Al final, con su pericia característica, Gunnar termina aparcando frente a un pequeño edificio de una sola planta rodeado de un alto muro de piedra gris. El frío ha absorbido toda la humedad y una nube de nieve fina flota alrededor de la roca. Las pequeñas partículas de hielo, alumbradas por los antinieblas, simulan una especie de brillante polvo de hadas. O enjambre de insectos rodeando un cadáver.

La construcción del interior sólo puede verse a través de una estrecha cancela de forja. Sobre la puerta, un cartel en noruego. No necesita siquiera traducirlo en su mente.

—¿Un colegio? —pregunta perpleja.

—El colegio —corrige él, divertido—. Es el único que hay en los alrededores. Pero no te preocupes —añade—. Con este tiempo, estoy seguro de que mañana no habrá clases.

El hombre suelta el volante y alarga la mano hacia la guantera ignorando la cercanía con las piernas de la chica, que se revuelve algo incómoda. Abre el pequeño compartimento, del que asoman un puñado de llaveros. Coge el que estaba buscando, el primero a la vista; no es casualidad que esté tan a mano. Gunnar la mira bajo la lámpara interior del coche y finge adivinar sus pensamientos. Su barba, iluminada sólo desde arriba, lo muestra como un hechicero nativo.

—Hay días en que mi mujer prefiere que no duerma en casa —explica, encogiéndose de hombros—. Y el clima no está para hacer noche en un parque.

Sacude las llaves frente a él, como si se tratara de un amuleto de huesos.

—Éste es uno de los pocos privilegios de ser el alcalde.

Ale no dice nada. Por algún motivo que desconoce, el hombre le despierta mucha simpatía.

—En fin —continúa—. La cancela no tiene candado. Ésta es la llave de la puerta principal. —Aparta una de ellas—. Al fondo del pasillo está el gimnasio. Junto a él, la enfermería. La camilla no es muy blanda, pero hay mantas bajo el mostrador. La calefacción del edificio se encenderá de madrugada, pero hasta entonces tendrás que arroparte bien.

Sin más, le extiende el llavero por encima de la palanca de cambios.

—¿No entras conmigo?

Gunnar suelta otra carcajada. Transparente. Como la de un gigante.

—No, Ale. No —dice riendo—. Hoy me he portado bien y creo que mi mujer me dejará dormir en su cama.

Guiña de nuevo el ojo en lo supone que es un gesto habitual en él.

—Además —prosigue—, si alguien nos viera entrar juntos, acabaría viviendo en el colegio el resto de mis días. Tendría que ocultarme entre los pasillos, como el Fantasma de la Ópera.

La idea le divierte tanto que estalla de nuevo en risas. Ale se contagia pese al cansancio y lamenta de verdad no poder pasar un rato más con él. Antes de salir del coche se le ocurre una última pregunta.

—¿Duermes aquí a menudo? —Lo dice sonriendo. Cómoda.

El noruego le devuelve la sonrisa.

—Tantas veces como pecados cometo.

Ingenioso. Encantador. Mujeriego. Maduro. Como Seb cuando ella lo conoció.

—¿Y cometes muchos? —coquetea sin ninguna intención definida.

Esta vez aparece una sombra oscura tras su gesto simpático. Apenas un reflejo negro bajo las cejas, pero lo suficiente para que no pase inadvertido.

—Como todo el mundo —concluye, sonriendo sin sonreír—: Tantos como me permite la conciencia.

Cuando Ale abre la puerta del coche, siente un golpe de frío tremendo.

Uno que poco tiene que ver con el clima.

6

El cerrojo cruje como un hueso roto, pero no ofrece la menor resistencia pese a que la grasa se ha congelado. La farola de la calle se encuentra demasiado alta como para atravesar el polvo de nieve del ambiente, por lo que relega al patio a una callada oscuridad. Un manto blanco lo cubre todo, al que sólo consigue superar en altura un pequeño banco de madera y la canasta de baloncesto. A su espalda, una ráfaga de aire se lleva el sonido del todoterreno al alejarse calle abajo.

Trata de caminar en dirección a la entrada principal, pero enseguida comprueba que no va a poder arrastrar la maleta por el suelo nevado. Entonces sujeta el asidero de mano y tironea del equipaje, sintiendo el peso de la peor decisión de toda su vida. Es al girarse de nuevo hacia el edificio cuando la sangre se le hiela como las calles del pueblo.

Recortados contra la negrura absoluta de varias ventanas se agolpan un puñado de niños de rostro oscuro y ojos invisibles. Golpeando con sus extremidades el cristal escarchado. Algunos con brazos; otros con largos tentáculos. No se escucha nada, pero su mente inventa una serie de gruñidos agudos e imprecisos.

Sus pies tropiezan entre la nieve, haciéndola perder el equilibrio. Cae violentamente de nalgas sobre la mullida alfombra natural y los talones dibujan sobre el suelo una suerte de líneas desiguales al tratar de retroceder, resbalando una y otra vez sobre el pavimento húmedo. El viento simula dudar junto a ella, arremolinándose a su alrededor sin llevar un destino concreto. Está a punto de dar la espalda al edificio para echar a correr cuando sus ojos se acostumbran a la penumbra y todo se ordena en su mente. O quizá es su espíritu el que se acostumbra. La nieve también ayuda, despejándose frente a ella para permitirle ver con mayor nitidez.

Salvando un poco la oscuridad, puede distinguir que se trata de una simple manualidad pàrvula. Recortado en papel, y pegado en el cristal con cinta adhesiva, un enorme árbol cubre las ventanas de

una de las aulas en concreto. En lugar de hojas, los niños han troquelado la silueta de sus propias manos, adhiriéndolas a las ramas a modo de follaje de colores. En situaciones normales le habría parecido una estampa simpática, pero con el acompañamiento del viento, la penumbra y el sabor de la adrenalina en su garganta no consigue más que hacerla imaginar un siniestro pelotón de niños sin manos.

Atraviesa el pasillo corriendo, empuñando frente a ella el teléfono a modo de piedra sagrada de protección. No le apetece pararse a buscar el interruptor y tampoco quiere mirar a través de ninguna puerta más. Hay dos a cada lado, como soldados montando guardia. Al fondo, un portón de doble hoja conduce al gimnasio.

La enfermería queda sacudida de aire al abrir con demasiada violencia. Entra y acciona deprisa el interruptor, golpeando la pared varias veces hasta dar con él. Una brillante luz blanca lo ilumina todo, mientras deja aún más oscuro el pasillo que tiene a su espalda. Echa un último vistazo al corredor y no puede evitar cerrar dando un sonoro portazo. Sólo entonces puede soltar el aliento retenido. Se congela nada más atravesar la frontera de sus labios.

La habitación tiene apenas el espacio justo para una camilla, un escritorio y un armario de cocina reciclado a almacén. Un cartel en la pared anima a los alumnos a denunciar el acoso escolar. En la foto, un niño triste, con la ropa destrozada y el pelo revuelto, mira directamente a la cámara. Ale siente un escalofrío al comprobar que el chico tiene los brazos detrás del cuerpo. Sus manos, si es que están allí, no salen en la fotografía.

Un ventanuco soporta a duras penas las embestidas de la nieve del exterior, y el sonido del viento parece haber encontrado algún resquicio bajo el alfeizar, logrando un silbido hipnótico casi relajante.

Tarda apenas unos minutos en localizar la manta e improvisar una cama más que aceptable. El cansancio de todo el día compensa sin problemas cualquier falta de comodidad. Ni siquiera se plantea la posibilidad de explorar el gimnasio para intentar ducharse. La simple idea de ser devorada de nuevo por aquel oscuro pasillo rebaja varios grados la temperatura de su cuerpo.

Derrotada, se duerme deprisa, sin llegar a quitarse el abrigo de plumas. Lo hace con las manos bien protegidas entre sus rodillas, por miedo a que terminen formando parte de aquel macabro árbol de cartón pintado.

De madrugada un gigante gruñe, e incluso dormida su mente lo identifica como la calefacción central entrando en funcionamiento. Lo agradece enseguida; no sólo por el calor, sino porque aquel ruido constante engulle el resto de sonidos que ese colegio vacío no debería albergar.

De cualquier forma, duerme. Profunda, tranquila y sosegadamente.

Sólo tiene un sueño: duerme arropada por una enorme pluma de ave marrón.